CASILDA SÁNCHEZ VARELA

Te espero *en la* última esquina *del* otoño

ESPASA

Te espero en la última esquina del otoño

Casilda Sánchez Varela

Te espero en la última esquina del otoño

ESPASA

ESPASA

© Casilda Sánchez Varela, 2017
© Espasa Libros S.L.U., 2017

Depósito Legal:
ISBN:

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadeloslibros.com
Impreso en España/*Printed in Spain*
Impresión:
El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico.**

Espasa Libros, S. L. U.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

A mi madre, mi ideología.

Índice

Agradecimientos 11
Los muertos felices 14
El letargo de las tortugas 22
Reflejo de luna 45
Los fantasmas del ascensor 71
Con el corazón en la mano 93
Somos de quien no nos quiso 137
La buhardilla 159
La calle de los lobos 195
Pequeñas y grandes muertes 218
Puntos suspensivos 256
Los muertos felices 284

Agradecimientos

A mis editoras, Ana Rosa y Olga, por esta oportunidad. Por aquella primera comida que lo cambió todo. Por entenderme, respetar mis tiempos y darme seguridad. Por convertiros en la obligación que necesitaba para sentarme de una vez a escribir.

A mi amiga Violeta. Por tantos y tantos mensajes de aliento en mis mañanas de soledad. Por acompañarme, intuirme y ser pañuelo de lágrimas. Por ilusionarte conmigo sin derrumbarte conmigo. Por tu lección de generosidad. Por aquellas primeras y valiosísimas correcciones en los márgenes y el *selfie* el día que terminaste de leer. Por ser el mejor filtro de lo interesante y por esos *Cooltural Plans* que renuevan una y otra vez mi curiosidad. Por Cádiz. Por tu conciencia social, tu conciencia cultural y, sobre todo, tu conciencia de amistad. A Igor Gayarre, por Kavara. A mi familia política, por no ser política. Malo, lo que me dijiste aquella tarde en el jardín de tu casa viene siempre conmigo.

A mi cococha, única compañera en tierra de hombres. Por tus sabios consejos camino del colegio. Por la «promoción» del libro. Por tu valentía, tu sentido de la responsabilidad, tu risa de cabeza hacia atrás y esa voz desgarrada con la que recorres lo desconocido.

A Pipe Construyelegos, que quería llamar a este libro «Los diamantes que cuelgan» y que me ha ayudado a «adornarlo». Porque cuando me coges la mano y me la acaricias con el pulgar, se me olvida todo lo demás.

A Juanito, por acompañarme en este viaje desde dentro y desde fuera. Por tus ojos asombrados, los hoyos en la risa y esos muslos de Algeciras que tanto me alivia apretar.

A mi hermana Chia, presente en todas las fotos de mi vida. Por esas conversaciones en la oscuridad de la infancia en las que construimos nuestro mundo aparte y un lenguaje común que no entiende nadie más. Por las bombas de oxígeno, por ser la otra madre de mis hijos y por esa Luzía que es luz. Por ser la persona que mejor escucha en el mundo y a la que más serenidad da escuchar. Por predicar con tus silencios y recordarnos cada día que lo importante de verdad es ser buena gente.

A Curro, hermano y primer hijo. Por las observaciones en rojo, la idea del jorobado y haber abierto el camino del valor. Por dejarme jugar con tus sueños en aquel documental que nos cambió la vida. Por tu cara cuando abría la puerta del estudio como el Tiranosaurio Rex, por tu cara cuando te contaba que me visitaban de noche los superhéroes, por *Dawson crece,* tus amigos y los coche rotos. Por esos ojos siempre puros. Por ser el espejo en el que más seguridad me da mirarme.

A mi padre. Por esa voz que me llega desde la otra orilla cuando dudo, me resigno o creo que no soy capaz. «Sigue; paso a paso; no pienses en nada más; que te guste a ti; vuélvete loca, es la única manera». No hay día que no te piense, que no mire tu foto, que no te lo agradezca todo.

A mi madre, estrella de nuestro Oriente. Del de todos nosotros. Por tu risa, tu ingenio, tu sabiduría y tu solidez moral. Por las conversaciones matutinas entre café, ladridos e imaginación. Por tus cartas a Suiza. Por esa novela inacabada. Por equilibrar como nadie crítica y fe, nostalgia e ilusión, sombras y luz. Por resituarnos cuando estamos a la deriva, por mantenerlo todo unido, por hacernos fuertes. Porque no es que nos dieras la vida, es que nos diste tu vida.

A Alejandro, que es el último porque es el primero. Y porque son infinitos los porqués. Por confiar en mí y estar dispuesto a reajustar nuestro mundo para que esto fuera posible. Por tus vueltas por el salón analizando obsesivo un capítulo y esas reflexiones en voz alta que admiro y anoto en voz baja. Por hacer de las nueve de la noche la tierra prometida. Por arrancarme del sofá cuando me envicio de la soledad. Por la mirada de ciervo, por hacerme reír, por poder con todo, por los cocidos de enero y porque contigo nada malo puede pasar. Por la contraportada. Porque eres mi tes-

tigo, mi coautor y mi enemigo a la altura. Porque estás en cada párrafo. Del libro y de mi memoria.A todas las personas, ellas saben quiénes son, que han cedido su singularidad y magnetismo a algunos de los personajes de esta novela.

Los muertos felices

A Cora, por ponerlo todo en duda.

Félix Santamaría era un joven sin inclinaciones artísticas de ningún tipo; sin embargo, de un tiempo a esa parte, percibía lo leve con la misma turbación que los poetas. Días atrás, mientras leía una novela en el balcón de su habitación, una ráfaga de viento sacudió tan fuerte los árboles de la Residencia que cien mil hojas distintas crujieron al unísono en un murmullo de extrañeza. Le tembló algo en la garganta, se le erizó el corazón y, de no ser por su arraigado sentido del decoro, hubiera arrancado a llorar.

«Menos mal que aquí no sopla una brizna de aire. Lo que me faltaba ahora es montar un numerito delante del médico», pensó con la mirada detenida en el otro lado del ventanal.

Por fortuna para el joven, el jardín del Samatorio era demasiado estático para agitar cualquier sensibilidad. De hecho, creaba el efecto contrario. Extrañeza. Había algo inquietante en la inmovilidad de aquellos castaños, en su alienación militar, en la luz blanca y sin claroscuros que enjuagaban sus ramas.

«Esta luz está dirigida —pensó el muchacho con la seguridad de quien que lleva quince años dedicándose a iluminar—. Apostaría a que tienen Generador Periférico en el tejado», se dijo, recreando en su cabeza el complejo engranaje de espejos, paneles de aluminio y pantallas blancas que, colocados de manera estratégica, usaban muchos edificios para conducir la luz del sol hacia espacios ciegos o como en ese caso, parcelas al norte y condenadas a la perpetuidad de la sombra.

En la Isla se le daba mucha importancia a la luz natural. Se daba mucha importancia, de hecho, a todo lo que ayudara a la felicidad. Eso explicaba que se redirigiera también el amor.

En la recepción, donde un rato antes le había recibido una rubia fosforescente, la claridad llegaba a ser cegadora.

—Tiene usted que esperar un rato, señor Santamaría —le había dicho—. Ya sabe, en primavera estamos siempre desbordados.

Unos minutos después, tras una conversación telefónica en la que la enfermera se limitó a asentir varias veces con un mecánico «ajá», lo acompañó a la sala de espera donde aguardaba en aquellos momentos.

Salvo dos butacas, una alfombra fatua y un ventilador último modelo no había nada más en la habitación. Ni una mesa, ni un cuadro, ni siquiera un bolígrafo. Nada con lo que distraer el tiempo de espera. Pero a Félix, imbuido de esa mansedumbre que sobreviene a los enfermos con la cercanía del especialista, no le importó esperar.

Perdió la vista entre los castaños y agradeció la soledad. Hacía poco había leído en algún sitio que en otros lugares del mundo los enfermos esperaban en una sala común al doctor. No es que él fuera especialmente celoso de su intimidad, pero le pareció innecesario que los pacientes se vieran obligados a sufrir en público la angustia previa al diagnóstico, que la incertidumbre de los más enfermos se viera profanada por el cuchicheo fútil de los que estaban mejor. En su Isla la soledad era un derecho natural.

Después de casi quince minutos de espera, la puerta corredera se abrió silenciosa hasta integrarse del todo en la pared, y un tipo alto, con unas arrugas impecables en las comisuras de los ojos y boca de haber besado mucho, cruzó el umbral. Mientras avanzaba hacia la butaca vacía con paso seguro, lo miró entornando un poco los ojos como en una primera evaluación. Ya había vuelto a su gesto natural cuando Félix terminó de ponerse en pie.

—Doctor Poderós, encantado —dijo tendiendo una mano eficiente y seca.

Tomó asiento, cruzó las piernas de un modo un tanto femenino y abrió una libreta con anillas.

—Veamos, señor… —el doctor Poderós alargó los puntos suspensivos hasta dar con la información que buscaba— Santamaría. Leo aquí que es la primera vez que nos visita.

A continuación alzó la vista hacia él con una sonrisa que pedía explicaciones. «Si ella lo viera, le gustaría», pensó Félix con una punzada en las tripas.

—Sí —contestó seco.

—Iluminador, ¿eh? —señaló con aprobación el médico—. Bonito oficio. Y muy necesario.

Siguió leyendo su historial:

—Treinta y tres años. Soltero. Ningún enamoramiento previo… —Volvió a mirar a Félix. Tan torturado debió notarle que, cambiando el tono a uno mucho más cercano, exclamó—: ¡Cambie usted esa cara, hombre! Llevo toda la vida tratando con esto y puedo asegurarle que no es más que chapa y pintura.

—¿Sí? —dijo Félix escéptico—. Me alegra escucharlo.

—No es verdad.

—¿Cómo?

—Que no le alegra.

Félix se irguió en la silla y miró al doctor entre sorprendido y admirado. Alentado por su comprensión, echó el cuerpo hacia delante buscando la intimidad de la confesión.

—No sé. Puede que tenga usted razón. A lo mejor no me quiero curar. Por un lado estoy harto. De no dormir, de no comer, de no disfrutar nada que no tenga que ver con ella… A mí me gustaba mucho mi vida, doctor. No es que tuviera nada de especial, pero me gustaba. Y ahora todo me da igual, nada que no sea Lili, sí, se llama Lili, me interesa lo más mínimo. Pero lo peor no es eso, lo peor es la sensación de vivir sin aire, de que me ahogo, de que o me mata la angustia o me matará la felicidad. Y sin embargo, como bien decía usted, no quiero que esto acabe. ¡Me siento tan vivo!

—Claro que se siente vivo. Es la trampa de todos los estados alterados de conciencia… Hacen que cualquier cosa fuera de ellos parezca desteñida.

De vuelta al tono aséptico le pidió que le resumiera brevemente la historia. Félix, que era más de frases cortas que de que largas narraciones, lo pensó un rato.

—No sé muy bien qué decirle, la verdad. Sucedió así, sin más. Conozco a Lili desde los quince años y nunca me había despertado otra cosa que cariño y admiración. Una profunda admiración. Es de una inteligencia que da miedo. Tendría usted que conocerla. Es capaz de sim-

plificar las ideas más complicadas en una sola frase. Incluso en un chascarrillo. Como si las grandes verdades fueran moscas que pudieran derribarse a manotazos. Y no solo eso. Lee la mente de los demás. Se lo juro. A veces…

—Cíñase a la historia, por favor —interrumpió el doctor con una sonrisa fugaz.

Un poco cohibido, Félix siguió hablando:

—Una noche, hace cosa de dos meses, soñé con ella. No recuerdo bien el sueño, solo imágenes sueltas, pero lo esencial es que hacíamos el amor. Por la mañana no me acordaba de nada, pero me desperté eufórico. Dichoso de vivir. A mediodía Lili me llamó para tomar un café esa tarde y fue al oír su voz cuando lo recordé todo: la gozosa sensación de su cuerpo tibio debajo del mío, de su piel caliente… Desde entonces no pienso en otra cosa.

—¿Sabe ella algo?

—No, hombre, no —respondió Félix orgulloso de sí mismo por primera vez en la conversación—. No he perdido el control hasta ese punto.

—Estupendo. En estos casos, todo lo que diga podrá ser utilizado en su contra —dijo el doctor Poderós riéndose demasiado de su chiste y acomodándose mejor en la butaca.

Cuando hubo terminado de celebrar su ingenio, se puso en pie, se quitó las gafas y limpió los cristales con la manga de la bata. Se acercó al ventanal como en busca de inspiración y desde allí, sin mirar a su paciente, empezó a hablar. Había en su discurso una mezcla de hastío y sentido del deber.

—Señor Santamaría, vamos a jugar. Trate de imaginar su futuro si diera rienda suelta a lo que siente, si fuera usted un inconsciente y se dejara llevar…

—Uff, yo que sé —dudó Félix rascándose la cabeza. La imaginación no era su fuerte.

—Déjeme ayudarle entonces. Durante los próximos meses, seis, nueve, once quizás, vivirán ustedes una especie de catatonia intelectual. De los dos hemisferios de su cerebro solo funcionará el de la emoción: pellizcos, suspiros, subidas, bajadas, miedos, éxtasis infantil… Un caprichoso brincar del alma, esplendoroso, totalitario y a todas luces insostenible en el tiempo. Hay gente a la que le gusta ese estado, a mí solo imaginarlo me crea una terrible ansiedad. Empujados por esa rueda de molino se irán a vivir juntos y aunque la cosa se calmará, disfrutarán inmensamente con

la sensación de comunidad recién estrenada y el muestrario de las primeras veces: la primera vez que se monta una estantería, que se hace un pescado al horno, que se vuelve a casa después de un viaje, que se tiene un hijo… El catálogo no tarda mucho en agotarse, la ilusión aguanta un poco más.

»A los tres o cuatro años, dependerá de la química que generen ustedes, del número de hijos que tengan, etc., llegará el hastío del cuerpo. No es nada malo. Todo va perdiendo valor desde el momento en que nos pertenece. Esto es así desde que somos niños, ¿o no recuerda el poco caso que le hizo a partir del tercer día al camión de bomberos que con tanta ilusión esperó? Sucede además, esto es incluso más importante que lo anterior, que los cuerpos con los que convivimos se van diluyendo en la niebla de la costumbre hasta que llega un momento en el que ya no se ven. No es algo que suceda solo con la pareja. Pasa también con los padres, con los hijos, con los hermanos…

»El problema es que un día se cruzará en la calle con una mujer a la que sí ve, y sentirá unos deseos irrefrenables de acostarse con ella. Y no me refiero a un revoloteo leve o un pensamiento inconcluso como había sentido durante ese período de euforia del amor; no, hablo de una clase de impulso tan feroz que podría llevarle a usted a cualquier cosa si no fuese porque dura solo un segundo o dos.

»Esto que le cuento no es lo malo, es solo la antesala de lo verdaderamente malo: el cansancio del alma. Aquí intervienen ciertas patologías como la tendencia al sadismo o al masoquismo, por ejemplo, que hacen más difícil la exactitud en el tiempo. En un mejor escenario, hablamos de siete u ocho años. Entonces, todo lo que le enamoró empezará a desenamorarle. Donde un día vio llaneza verá después grosería, donde vio feminidad, intrascendencia, allí donde intuyó misterio no encontrará más que un inmenso vacío o, en el mejor de los casos, un manojo de complejos. Esa frialdad que en su momento le pareció atractiva no bastará pasados los años para colmar sus necesidades de afecto o de vanidad, llámelo como quiera. Y sucederá exactamente lo mismo si lo que le enamoró fue la calidez. Terminará por resultarle indigesta hasta el vómito.

»En fin, sea como sea, llegará un día dentro de no tanto como cree en el que al despertarse por la mañana lo único que querrá será poderse tirar un pedo en la cama sin testigos y no sentirse obligado a hablar. Sobre todo, a pedir perdón. Porque las mujeres, en general, acaban envueltas en

una especie de silencio huraño que uno al principio no sabe y después no quiere ya desentrañar pero que obliga, una y otra vez, a disculparse. Por haber llegado tarde la noche anterior, por haber olvidado un cumpleaños, por trabajar demasiado, por estar ausente, por no hablar, por haber sido seco con su madre o su amiga del alma… Un catálogo de diez o doce pecados que como los mandamientos se resumen en un solo: usted ya no la mira como al principio.

»Y contra eso, amigo, créame, no hay absolutamente nada que hacer. La carne que hoy le parece apetitosa, ¿cómo ha dicho usted?, tibia y caliente, pasará a ser, antes de que quiera darse cuenta, una carne reblandecida y rencorosa. Su cuerpo le parecerá aburrido. Sus olores, sus gestos y sus manías, que irán creciendo con la edad, porque cuanto más viejos somos más necesitamos aferrarnos a las pequeñas cosas que nos dan seguridad, insoportables. Ella lo notará, y cada día se irá sintiendo más defraudada y más vieja; las mujeres se sienten viejas mucho antes de serlo, y más prisioneras de una realidad que les atrapa porque, aunque sin gustarles, es su mejor realidad. Los silencios, hasta entonces cómplices, se irán haciendo acusadores. Hablarán durante la cena de cosas que no den mucho de sí, buscando solo rellenar el silencio. ¿Qué tal el día?, Llamó tu madre, ¿has hablado con ella?, ¿Cuánto cobra el fontanero? Conversaciones vacías a las que agarrarán como a una escoba con la que ir barriendo las ruinas de su matrimonio hasta debajo del sofá.

Hizo entonces un punto y aparte. Manejaba perfectamente el ritmo de la conversación.

—Y la gran pregunta es —dijo abriendo los brazos como si pudiera abarcar con un solo gesto todo aquel universo de desengaño que acababa de describir—: Todo esto, ¿para qué?

Después dejó caer las manos de modo teatral y un silencio absoluto inundó la habitación.

—¿Se lo sabe de memoria? —preguntó Félix por decir algo.

—Hasta la última coma —sonrió el médico.

Transcurrido el silencio de rigor, el doctor Poderós volvió a hablar, esta vez con un tono menos emotivo.

—Dicho esto, voy a darle una serie de indicaciones para que salga usted cuanto antes de esta engañosa situación.

Félix asintió expectante, agradecido, aliviado. El doctor había conseguido crear la sensación de que todo se solucionaría con facilidad.

—En primer lugar debe usted tener relaciones sexuales con ella cuanto antes. Sin demoras. La espera aumenta mucho el deseo y le llevará a usted a confundirse aún más. Haga el amor con ella hasta hartarse, pero nada más que eso. Olvídese de las largas conversaciones en la penumbra que suceden a la pasión. Trate de no tener relación alguna con nada que agite su sensibilidad; evite la literatura, la pintura y, sobre todo, la buena música: estimula exactamente las mismas terminaciones nerviosas. ¿No tendrá usted vena artística?

—No, doctor, nada más lejos de mi naturaleza.

—Perfecto. Pues lo dicho. Practique la moderación sensorial, es importante: hay mucho de autosugestión en el sentimiento amoroso.

A continuación sacó una caja de pastillas del bolsillo de su bata.

—Si pasados tres meses no nota usted mejoría, tómese estas pastillas. Una al día durante dos meses. Bloquea temporalmente los neurotransmisores del sistema límbico del cerebro, el encargado de las emociones. Pero ya le digo, solo en última instancia y si la vía natural no funciona. Hay gente a la que le crea una terrible adicción no sentir nada.

Félix, que cuando estaba débil o aburrido se volvía hipocondríaco, decidió enseguida que no tomaría aquellas pastillas.

—Pero, amigo mío, nada de esto servirá si usted no está absolutamente convencido de que quiere olvidar. Cuando hay voluntad de hacerlo, es pan comido.

—¡Qué fácil lo ve usted todo, doctor! —exclamó entonces Félix Santamaría sin poder evitar un deje de protesta en la voz.

La noche anterior, en uno de esas borracheras de amor que asaltan de madrugada, había leído al poeta… «es tan corto el amor y tan largo el olvido». Le repitió la célebre cita al doctor.

—Los poetas son muy exagerados, viven de eso. Me ha dicho que tiene usted treinta y tres años, ¿no es así?

Y antes de que Félix hubiese terminado de asentir, volvió a ponerse de pie y caminó despacio hacia la puerta en una clara indicación de que el tiempo de la visita se estaba agotando. Una vez delante de esta, su sombra sobredimensionada y amenazante se proyectó en la pared blanca. A Félix le creó un extraño placer que hubiera algo en la habitación más grande que el doctor Poderós, aunque fuera su propia sombra. Tuvo que hacer un pequeño esfuerzo por volver a la conversación.

—Suponiendo que tenga memoria desde los cinco, hablamos de veintinueve años de recuerdos. Más de doscientas cincuenta mil horas de vi-

vencias, de paisajes imborrables, de mañanas en las que nada tenía sentido y noches en las que todo era posible. Miles de momentos que juró guardar para siempre en su corazón. ¿De cuántos se acuerda? Si se fuera usted a morir ahora mismo, ¿qué sería su memoria capaz de rescatar? Diez, doce escenas quizás… En lo que respecta a una vida, prácticamente nada. —Con una última sonrisa, mezcla de resignación e impaciencia, concluyó—: Créeme, Félix, ¿no te importa que te tutee, verdad? Lo difícil no es olvidar. Lo difícil es no hacerlo.

El letargo de las tortugas

Conocí Cora Moret dos veces. La primera fue casi un espejismo, pues hacía calor de desierto cuando se mudó al ático un verano cualquiera de mi niñez. La mañana transcurría lenta y acolchada; un abejorro daba cabezazos contra la ventana de la cocina; Josefa, la asistenta, cortaba tomates para un gazpacho y yo vagaba por el gran piso vacío sin terminar de posar mi atención. En ese letargo atmosférico, el estruendo que llegó desde la escalera de servicio impactó con desmesura. Corrí hasta la puerta y al salir al descansillo, a punto estuve de ser arrollada por dos porteadores que trataban de girar por el recodo del rellano una jaula más grande que yo.

—Venga, que ya con esto terminamos y os invito a una cervecita fría.

Una voz de mujer sobrevoló mi cabeza con cierta acústica celestial. Fue lo único fresco del día. Alcé la vista y allí, en ese descansillo achacoso de humedades y abandonos la vi por primera vez. Llevaba un moño medio deshecho y un vestido largo que barría el suelo. Cuando se acercó a la escalera a recibir a los transportistas, miles de motas de polvo alzaron el vuelo hasta el único rayo de sol del rellano creando un firmamento de vida ficticia en aquella diagonal. No sé si sería efecto del calor, de esa órbita poética o de que mi mente de niña detectó en ella algo sobrenatural, una especie de ángulo muerto entre el acá y el allá. El caso es que cuando Cora me miró y me sonrió, su rostro pareció deshacerse como una bola de helado bajo el sol. Fue algo brevísimo, quizás ni siquiera existió, pero arraigó en mi memoria con más fuerza que cualquier verdad.

Fue precisamente nuestra asistenta, Josefa Trinidad —el primero por su madre y el segundo por la Santísima— quien descubrió la identidad de la nueva vecina solo dos días después. Habíamos ido a dar de comer a las palomas a la plaza de Chamberí cuando al volver a casa, casi de noche, nos la encontramos de frente caminando también ella hacia el portal. Josefa entrecerró un segundo los ojos y acto seguido, como si algo le hubiera pinchado en el pie, se dio la vuelta y se puso a andar en dirección contraria arrastrándome de la mano.

—Ay, ay, ay, ay ¡verás cuando se lo cuente a mi Juli! ¡No se lo va a creer!

—¿El qué?, ¿qué no se va a creer? —pregunté yo, intentando pararme y dar la vuelta.

—¿Tú sabes quién es esa señora, niña? —Y como esperando una reacción mía que nunca llegó, añadió con un susurro nada discreto—: ¡La mujer del escritor más famoso del mundo!

Josefa difundió la primicia con celeridad bélica y desde aquel día no se habló de otra cosa entre las muchachas del edificio: las noticias escaseaban en aquella casa señorial del barrio de Chamberí. Las cuatro familias que allí vivían pertenecían a ese microcosmos de «toda la vida» en el que los trapos sucios se lavan en la estricta intimidad de la alcoba, incluso en la estricta intimidad del silencio, así que Josefa y las demás llevaban años teniendo que alimentar sus cuchicheos con las migajas de la compostura. La llegada de una celebridad al ático era mucho más de lo que se hubieran atrevido a soñar.

En el ascensor, en el portal o en la cola del ultramarinos del final de la calle las excitadas mujeres alimentaban la leyenda con informaciones de dudosa veracidad:

—Me ha dicho Aquilino, el portero, que Montenegro ha venido ya por aquí más de una vez —decía una.

—Pues debe haber sido por la noche; por lo visto ella se pasa el día durmiendo —contestaba la de más allá.

—Que va, está escondida porque un general del ejército del sah se ha obsesionado con ella y la busca día y noche.

Aún recuerdo su cacareo espantado en el portal el día que descubrieron para quién era la jaula dorada que yo había visto el día de la mudanza. Aquilino, a quien hasta entonces habían logrado

sonsacar muy poco, pues le gustaba dárselas de portero discreto, les contó que era para un mono.

—¿Un mono? —gritó Josefa, llevándose las manos a la boca—. ¡Madre del amor hermoso, con la de enfermedades que traen esos bichos!

No solo en la periferia doméstica se convirtió la pareja en el gran tema de conversación. Abuelos, tíos, los padres de mis compañeras del colegio, la misma Bárbara —mi mejor amiga, tan ajena siempre a todo lo que sucedía fuera de los muros de su imaginación— e incluso varios de mis profesores me asaltaban de cuando en cuando con alguna pregunta indiscreta y arrebolada:

—¿Siguen juntos?…

—Me han dicho que él está viejísimo, ¿no?…

—¿Sabes si está escribiendo algo?

Mamá, que era de esa clase de provincianas venidas a más que fingen no deslumbrarse con nada, no fue capaz en aquella ocasión de hacer que no le importaba. Que la mismísima Cora Moret, hija de la aristocracia más arraigada del país, amiga de los grandes intelectuales de su época, sofisticada, misteriosa y protagonista de una de las historias de amor que más habían dado que hablar en las últimas décadas, hubiese elegido para vivir la misma casa que ella era, en su escala de valores, lo más a lo que podía aspirar. Una legitimación absoluta de su gusto y posición social.

Tal fue su conmoción que la mañana después de descubrir quién era la vecina amaneció con unas décimas de fiebre; contratiempo que le obligó a guardar reposo, pero en absoluto a guardar silencio. Aún puedo oírla hablando por teléfono desde la cama, con los bucles rubios cayendo como querubines sobre la bata de seda de su ajuar y ese tono insoportable de haberlo hecho todo bien en la vida:

—No, hombre, no, es mayor, debe andar por los cincuenta Pues ni idea, chica, pero creo que estuvo bastantes años en Irán, ¿no?… Yo te digo que él la dejó un poco chiflada Bueno, pues lo que tienen los artistas Y mira, que nos guste o no, no te puedes casar con alguien tan distinto.

Incluso papá, que era médico —uno de los más famosos de Madrid— y que como buen hombre de ciencias vagaba silen-

cios distintos, cayó en el embrujo de los Montenegro. Cuando no era él leyendo en voz alta un titular sobre el escritor en las páginas de cultura del periódico, era ella mandándonos callar porque en un programa de la tele un sociólogo de traje marrón aseguraba con ese apasionamiento un tanto ridículo de los que se especializan mucho en algo, que la gran obra de Montenegro, *Los muertos felices,* había supuesto un antes y un después en el modo de concebir la pareja. Según el intelectual, a quien se le amontonaba la saliva en la comisura de la boca como si tuviera una hormigonera en cada lado, la novela había tenido un impacto disruptivo en el *continuum* sentimental de las sociedades modernas, viniendo a sustituir la monogamia tradicional por una monogamia sucesiva en la que era habitual que una misma persona tuviera dos, tres y hasta cuatro parejas largas a lo largo de su vida.

—Desde que Montenegro describiera el amor romántico como una patología, el «para toda la vida» perdió cualquier carácter heroico, literario o deseable. Hoy por hoy no es más que una tradición residual de los católicos más recalcitrantes

—Nosotros es que somos muy recalcitrantes —recuerdo que dijo mamá mirando a papá de un modo que no supe interpretar.

Si bien el común de los mortales mostraba una lógica inclinación por él, pues es de todos conocido la prodigiosa fuerza gravitatoria que los personajes célebres ejercen sobre los personajes leves, en esa minoría distinguida y excluyente a la que ella pertenecía, Chino daba bastante igual. En la clase social de Cora, los artistas eran criaturas circenses. Seres pintorescos dotados de un talento innegable, pero cuyas acrobacias se admiraban desde lejos, desde al palco de los *césares*. Muy apetecidos para compartir una anécdota, pero en ningún caso una vida.

El caso es que aunque todos ellos reconocían el inmenso genio de Montenegro y la magnitud de su obra, el personaje, en sí, no les generaba —salvo a unos pocos verdaderamente aficionados a la literatura— un especial interés. Preferían hablar de ella que después de todo era una de los suyos y que para su asombro e incomodidad había decidido vivir a la intemperie en lugar de bajo todopoderoso palio de la comunidad.

—Mi primo Tito era amigo de su hermano —contó un día Borja, un banquero de inversión que había sido paciente de papá—. Dice que cuando iban a estudiar a su casa la oían taconear sobre la mesa de la cocina.

—En la universidad era de las de puño en alto —cacareó su mujer, bajo esa media melena tan típica entre las señoras de su edad; que por algún motivo que nunca entendí se iban cortando el pelo a la misma altura que se les iba acortando la vida.

—A mí me han dicho que la muy tarada se ha convertido al islam —intervenía un ufano interiorista muy amigo de mamá y con una opinión muy elevada de sí mismo que nadie más compartía.

De todos los rumores, anécdotas e historias que se repetían una y otra vez durante aquellas veladas de luz anaranjada y copas de balón, las más interesantes las contaba, Jerónimo Juny, un anciano con el traje siempre perfecto que había sido jefe de aduanas durante el protectorado español en Marruecos y que había tratado mucho a la familia de Cora durante, lo que él llamaba, el limbo colonial.

—Vivían cerca de la plaza de España, en un palacio impresionante rodeado de palmeras en el que daban unas fiestas como de *Las mil y una noches*. Llenaban el suelo del patio de velas y pétalos de rosa, y nada más entrar, tres o cuatro camareros se apresuraban a ofrecerte *champagne,* dátiles o pasteles de pichón con azúcar. Hay una noche en concreto que se me quedó especialmente grabada. Era Navidad, y el *sheik,* como llamaban allí al padre de Cora, dio una gran cena en el salón del trono. A eso de la medianoche, cuando por fin terminamos de cenar, doce camareros entraron en el comedor con una coordinación digna de un *ballet* ruso. En cada una de sus bandejas había una especie de nidos de cigüeña, cada uno de un color, hechos con hebras de caramelo y de cuyas ramas sobresalían, discretas, seis o siete bengalas. Dentro de cada nido, una pirámide de bolas de helado del mismo tono simulaban los huevos. Cuando los camareros, todos vestidos de blanco y con *tarbush,* ese gorrito con borla típico marroquí, hubieron tomado posiciones alrededor de la mesa, uno de ellos hizo un gesto a los demás y encendieron al unísono las bengalas. Entonces, el nido con helado de limón estalló en un chisporroteo de luces amarillas; el de frambuesa, en rosas; del de hierbabuena, en verdes; y así cada uno de ellos.